

suya casi todas las instituciones... La Europa estaba tan bien gobernada por la religion, que, por cima de los códigos se cernian los decretos del derecho canónico, que regulaban á la vez el Estado y la familia... Este orden de cosas descansaba en un fundamento sagrado, en leyes divinas y por consiguiente eternas. Los refugiados de Bizancio han venido á quebrantarlo hasta en sus fundamentos, á desgarrar el pacto de la religion y de la filosofía, de la política y de la moral cristiana, á llevar á efecto una doble emancipacion, sustituyendo á la autoridad la discusion, el progreso á la inmutabilidad.»

M. Cousin, menos sospechoso aún que M. Matter, dijo casi en iguales términos: «Júzguese del modo que se quiera el incidente memorable que modificó poderosamente, en el siglo xv, la forma del arte y de la literatura en Europa, no puede negarse que el mismo incidente haya tenido tambien inmensa influencia en los destinos de la filosofía... Cuando la Grecia filosófica apareció en Europa, en el siglo xv, juzgad qué impresion debieron producir los numerosos sistemas que trae una independencia tan entera sobre los filósofos de la Edad media: esta impresion debia ser una especie de encantamiento y fascinacion... La Grecia no inspiró solamente á la Europa: la embriagó... Despues de haber servido á la Iglesia en la Edad media, la filosofía, en los siglos xv y xvi, juró por la palabra de los filósofos antiguos. Si se quiere, era aún autoridad; pero, qué diferencia! No podia pasarse inmediatamente de la escolástica á la filosofía moderna, concluir de una vez con toda autoridad, saltar de la esclavitud absoluta á la independencia absoluta.» ¡Qué confesion tan ingénua y cruel! La filosofía moderna es la negacion de toda autoridad divina y humana. Los discípulos, más osados que el maestro, han sacado las consecuencias: «¡Ya no hay cristianismo! necesitamos una religion, ¿quién la hará? La razon, que ha vencido al cristianismo sobrepudiándole. Á ella le toca reemplazar lo que ha destruido.» (*Libertad de pensar*. Enero de 1851.)

El Renacimiento fué, pues, verdaderamente la madre legítima de la filosofía moderna. Los dos grandes sistemas filosóficos de la antigüedad, el idealismo de Platon y el empirismo de Aristóteles, se dividieron las escuelas desde su aurora; y el espíritu pagano hizo tantas y tan rápidas conquistas, que antes de haber trascurrido un siglo se habria podido grabar en las frentes de casi todos los filósofos de fama: *Oficinas de todos los absurdos*. Vióse efectivamente realizarse de nuevo el fenómeno consignado por Ciceron: *Nihil tam absurdi quod non dicatur ab aliquo philosopho*. No hay absurdo que no lo haya enseñado algun filósofo. Desde principios del siglo décimoséptimo, Descartes, discípulo de la enseñanza pagana, talento independiente, novador atrevido, dió por base única á la filosofía la autoridad de la razon individual, el derecho que tiene de examinar y juzgar toda especie de doctrina; era en realidad convidar á los filósofos á que se hicieran protestantes en filosofía, como Lutero habia convidado á los cristianos á hacerse filósofos en religion. No puedo hacer más que indicar á grandes rasgos las etapas sucesivas recorridas por la razon delirante, antes de llegar al escepticismo absoluto, que es toda la filosofía actual.

«La historia de la filosofía moderna, dijo Ancillon, escritor distinguido y ministro protestante, que la conocia mucho, no presenta más que un verdadero caos. Las nociones, los principios, los sistemas se suceden en ella, luchan en la misma unos contra otros, sin que sepa uno el punto de partida y el fin de todos estos movimientos, el verdadero objeto de esas construcciones tan atrevidas como poco sólidas. Es del todo impotente para descubrir la verdad, y omnipotente para engendrar el error.»

Locke habia buscado en la sensacion el único origen de todas las ideas. Condillac inventó al hombre estatua... Los escritores del siglo décimooctavo, Maillet, d'Holbach, Helvecio, Lamétrie reconstituyeron el monstruoso conjunto de todos los absurdos y de todas las torpezas del materialismo antiguo para llegar á divinizar el dogma de



Epicuro: la verdad es una quimera; el placer es la única ley, el supremo deber... Cabanis inventó que los nervios son el principio del pensamiento, la causa de la idea, que el hombre, por consiguiente, es una máquina calórica, química ó eléctrica. Destutt de Tracy elevó á la altura de una doctrina metafísica el materialismo de Cabanis; Volney hizo del mismo el catecismo de la moral pública y privada. «Conservarse es la gran ley de la naturaleza humana. El bien es todo lo que tiende á la conservacion del organismo humano; el mal, todo lo que tiende á deteriorarlo y destruirlo... El bien supremo es la vida, la salud; el mal supremo, el dolor y la muerte.»

Algunos talentos generosos, Royer-Collard, Cousin, Jouffroy emprendieron en nuestra época la resistencia contra el nuevo epicureismo y la restauracion del espiritualismo; pero, ¡ay! privados de las luces de la fe, se echaron sin miedo ni reserva al eclecticismo y panteismo, errores menos groseros, sin duda, que el epicureismo, pero no menos desastrosos, porque conducen directamente al escepticismo ó á la negacion práctica de toda certeza: «La verdad completa, tal como debe ser para satisfacer á todas las necesidades de la razon y de la humanidad, está todavía por hallar... Ningun sistema filosófico, ninguna religion, ni siquiera el cristianismo, es su expresion adecuada... Es necesario pedir á cada sistema, á cada religion lo que tienen de verdadero, para formar de todas estas verdades esparcidas un símbolo completo... Tócanos á nosotros forjar las doctrinas que deben presidir á nuestra vida moral, religiosa, política, literaria, ya que nuestros padres no nos han legado más que cosas estériles y gastadas.» Admitiase de pronto la religion cristiana á tratar de igual á igual con la filosofia, á compartir con ella el imperio del hombre, dando á la primera la soberanía de la inteligencia y á la segunda la direccion del corazon... De la religion y de la filosofia se hacian dos hermanas, «nacidas el mismo día en que Dios puso la religion en el corazon del hombre y la filosofia en su inteligencia, y que

deben vivir la una al lado de la otra.» Pero muy pronto los lógicos del paganismo se quitaron la máscara y afirmaron descaradamente que «la religion no es más que un principio de oscurantismo y corrupcion; que sólo la filosofia es soberana.» «Edad de la imaginacion, edad religiosa; edad de la razon, edad filosófica... El movimiento intelectual comienza por la religion y acaba por la filosofia.» (*Vacherot.*) «Probaré primeramente que el catecismo embrutece á la infancia; despues probaré que la corrompe.» (M. Jacques, en la *Libertad de pensar.*)

Despues del eclecticismo vinieron sucesivamente el *panteismo utilitario* de Saint-Simon y de los sansimonianos: «Dios es todo lo que es... Todas las instituciones deben tener actualmente por objeto la mejora física, intelectual y moral de la clase más numerosa y más pobre... la santificacion de los goces sensuales, la glorificacion de la industria, la rehabilitacion de la carne.» La escuela positivista de Augusto Compte, que osó escribir en el frontispicio de su templo: «Reorganizar sin Dios ni rey y por el culto sistemático de la humanidad.» El cristianismo eterno y universal de los libre-pensadores que prohíbe creer ya en la realidad del sér metafísico llamado Dios, ya en la realidad del sér histórico llamado Cristo. Y finalmente el escepticismo erigido en teoria: «*El pensamiento, verdaderamente libre, profesa que la inteligencia humana no está jamás segura de poseer la verdad.*» (*Le Temps*, diciembre 1869.)

En Inglaterra, en Alemania y en todas las regiones entregadas al libre exámen, la filosofia pagana ha llevado á abismos más profundos aún. HOBBS: No existe en realidad todo lo que no puede expresarse por las matemáticas... No hay ningun pensamiento que no sea engendrado por las sensaciones. No hay otros móviles de la voluntad que las sensaciones de placer y pena. HUME: Las nociones fundamentales de causa, libertad, virtud, de principio de los seres ó de Dios creador, no son como conocimientos objetivos más que hipótesis, ideas ficticias desprovistas de



todo fundamento en la inteligencia humana. BERKELEY: El mundo material no es más que un fenómeno y no existen sino espíritus. SPINOSA: La sustancia es una; las sustancias finitas no son distintas de la sustancia infinita. KANT: No puede inferirse nada de la certeza subjetiva á la objetiva. Nuestras ideas de alma, universo, Dios, no tienen ninguna certeza objetiva, ó no tienen realidad fuera de nosotros. FICHTE: «Dónde estaria el que quisiera ver en el mundo exterior algo de independiente del yo y que tenga poder sobre el yo?» HEGEL: La idea engendra al alma, la sociedad y al mismo Dios; la idea es alternativamente espíritu subjetivo, espíritu objetivo, espíritu absoluto. Engendra al alma objeto de la psicología, la sociedad objeto de la moral, á Dios objeto de la religion. GOËTHE, espíritu eminentemente pagano, deploraba amargamente la revolucion moral que ha sustituido la Vírgen pálida y enfermiza á la Vénus antigua, y la flaca imágen de un Crucifijo, zamarreado por cuatro clavos, al Apolo de Belvedere; al morir hacia poner al pié de su lecho una cabeza colosal de Júpiter y le dirigia su oracion de la mañana; habia llegado á ver con igual ojo la verdad y el error, á aceptar todas las ideas y todas las creencias, á excepcion del cristianismo, que declaraba detestar igualmente que el *tabaco y las chinches*. Panteismo vago, indiferencia general, odio instintivo del cristianismo, en esto consistia toda su filosofía, y esta es desgraciadamente la del mayor número de las personas literatas de la época actual. TENERBACH, finalmente, ha sacado de la enseñanza pagana sus últimas consecuencias: «No hay más que ignorantes ó talentos superficiales que puedan dirigir á la antigüedad la censura de materialismo... El espiritualismo cristiano es en el fondo mucho más material... Todas las ideas falsas que hay en el mundo en materia de moral y estética, han venido del cristianismo... La ciencia que un hombre tiene de su Dios no es más que otro nombre para designar la ciencia que tiene de sí mismo, la conciencia que tiene de su yo...» En el exceso de su locura anticristiana, de-

claraba preferir la nada al encuentro en la esfera de las sombras de Sócrates ó de san Agustin, é invitaba á sus discípulos á que adoraran la muerte.

Esto basta y sobra. ¿Quién podria no comprender que la fe es imposible sin milagro, en medio de este desbordamiento de doctrinas impías, repetidas continuamente por todos los órganos de una publicidad estrepitosa; echadas á todos los vientos del horizonte sobre almas absolutamente vacías, sin principios establecidos, sin convicciones fijas, mecidas desde la infancia por una multitud de errores y de muy pocas verdades? Las invaden, se amontonan en ellas y producen una espantosa confusion en la que la fe no encuentra un rinconcito donde refugiarse.

El escepticismo pagano pasó muy naturalmente de la filosofía á la ciencia, que se conjura á su vez contra la fe para acabar de desterrarla del mundo moderno. La ciencia del dia no es solamente anticristiana; obstínanse en hacerla atea, ó mejor, ella se ceba en hacerse atea. Ha rechazado muy lejos, como no teniendo nada de comun con ella, la idea de una voluntad inteligente y libre, primer origen de la constitucion del universo, de un Dios personal criador y supremo gobernador del mundo. No quiere ya ver é invocar más que la naturaleza, conjunto impersonal de todos los séres. Desvia violentamente como inaccesible, como imposible de hallar, toda cuestion de comienzo y fin, de origen y objeto, de causa y *por qué*, só prettexto de que el hecho presente basta plenamente para la realidad de la vida. Ni siquiera comprende que pueda preocuparse todavía por causas finales ó por un designio que presida á los fenómenos de la naturaleza. Á este bello pensamiento de Aristóteles: «la causa final de todas las cosas es el bien, porque el bien es el fin de todas sus producciones,» opone esta sentencia de Bacon: «Las causas finales han dificultado la investigacion de las causas físicas; el hombre no es bastante instruido para alcanzarlas; además, las refiere más á su naturaleza que á la del universo, y hace de su aplicacion un raro abuso.» Se rie de



Ciceron que osó exclamar: «¡Qué! la esfera de Arquímedes prueba la existencia de un obrero inteligente que la ha fabricado, y el sistema real del universo de que esta máquina no es más que la imitación, ¿no tendría la misma fuerza?» Se ríe del mismo Voltaire, simple intérprete del buen sentido, cuando decía: «Afirmar que el ojo no está hecho para ver, ni la oreja para oír, ¿no es el más enorme absurdo, la más irritante locura que haya ocurrido á la inteligencia humana?... Esta demencia me parece evidente, y yo lo digo.»

¿Qué resultó de todo esto? Que la inmensa mayoría de los literatos y sabios se duermen con este sueño insensato de que el mundo es eterno, que los seres vivientes se han sucedido continuamente y se sucederán sin cesar unos á otros indefinidamente; que el hombre ha existido y existirá siempre; que la vida humana, caso de que no acabe en el sepulcro, continuará incesantemente por una serie de transformaciones, ó de pruebas sucesivas, especie de etapas hácia un ideal que no alcanzará jamás, pero por el que no debe inquietarse en manera alguna. Este es en el fondo todo el símbolo religioso del siglo XIX, y este era el de Sainte-Beuve, como me lo había dicho él mismo.

Pero todavía hay más. En el exceso de su temeridad la escuela que se envanece llevando con mano firme la bandera de la ciencia del presente y del porvenir, llega hasta decir que la CIENCIA POSITIVA, la ciencia de los hechos de la naturaleza y de las sociedades humanas, es la única fuente posible de la fe moderna, que los dogmas cristianos han caducado ya por siempre y que no son más que una quimera.

Hé aquí á dónde nos ha llevado la invasión del espíritu pagano en la enseñanza. Y si del terreno de la teoría ó de la abstracción descendemos al de la realidad y de la práctica, si nos preguntamos qué han llegado á ser en el seno de ese naturalismo idólatra, la familia, la sociedad, la religión, ¡cuán tristes nos quedaremos!

*La familia.* El divorcio ha pasado hoy al estado de ley

en la mitad de Europa; en todas partes se le reclama además en alta voz, ponderando sus beneficios. Se ha separado el contrato civil del matrimonio religioso, que lo ennoblecía santificándolo; y hé aquí que el mismo contrato civil es combatido como una preocupación, una desgracia, casi un crimen. Los cónyuges del código civil comienzan á llamarse los presidiarios del matrimonio. No se alaba solamente el concubinato, tiéndese cada día más y más á considerarlo como la condición normal del hombre y de la mujer, con esperanza de verla convertida en regla universal. El hijo no es ya el objeto sagrado de la unión de los esposos, el culto de sus afecciones, sino un incidente, un accidente, una superfetación de la que se libran lo más pronto posible confiándolo á manos mercenarias. El hogar doméstico ya no es más que un mito, un recuerdo vago de un pasado que ya no existe; los dioses lares han elegido domicilio en los círculos, los clubs, los tabucos de las cortesanas, los cafés, las tabernas, etc., etc.

*La sociedad.* Resúmese en estos tristes gritos de guerra: Odio de Dios, odio de los sacerdotes, odio de los reyes, odio de la autoridad, odio de todo freno; república, democracia, socialismo, soberanía no del pueblo, sino del populacho, mandato imperativo de los revolucionarios.

Y no lo olvidemos: Donoso Cortés dijo de este período de violencia que nos pone en vísperas de la última de las revoluciones: «El socialismo pagano ha comenzado en Europa con la restauración del paganismo filosófico, del paganismo religioso, del paganismo político.»

*La religión.* Los hombres tienden invenciblemente á dividirse en dos clases, *Francmasones* inconsecuentes y *Solidarios* consecuentes. *Francmasones*, equivale á la negación de la fe sin violencia: «Juro predicar por todas partes donde estuviere los derechos del hombre, y no seguir jamás otra religión que la que la naturaleza graba en nuestros corazones (*juramento del caballero de Asia*).» *Solidarios*, equivale á la negación de la fe con odio é ira: «El despotismo religioso no puede ser extirpado sin que



se salga de la legalidad. Ciego llama contra sí la fuerza ciega. Nada de tregua con el injusto. No acepto ninguna. Mientras que la fuerza esté en las manos del racionalismo, ¿qué debe hacerse? Abandonar en masa al catolicismo; salir de la vieja Iglesia las mujeres y los niños; salir por todas las puertas abiertas. Los hombres ilustrados, convencidos de los horribles males causados por la religion católica y de los incesantes peligros con que amenaza á la humanidad, se comprometen por siempre á limitarse ellos y sus familias á la observancia de la ley civil en lo tocante al nacimiento, matrimonio, defuncion, á rechazar todos los sacramentos religiosos. El ideal debe ser el racionalismo puro, la investigacion de la verdad por el órgano de la naturaleza y de la razon. La consigna será el entierro sin ninguna ceremonia religiosa para llegar á la supresion de todas las prácticas católicas.» Es el secreto de la muerte de Sainte-Beuve, alma vacía tambien por desgracia de cristianismo y ébria de paganismo.

Hé aquí á lo que han venido á parar la familia, la sociedad, la religion. En todas partes amenazas terribles de un naufragio universal. Y la causa de todas estas tempestades, digámoslo muy alto, sin respeto humano y sin disfraz, es la invasion del espíritu pagano en la enseñanza y en la educacion. Contra este enemigo irreconciliable debemos, pues, dirigir en primer lugar nuestras armas; una enseñanza cristiana, una educacion cristiana, es la única palanca con la que podemos levantar la piedra enorme que parece ya cerrar el sepulcro de la civilizacion y producir una resurreccion gloriosa.

En el siglo xvi se violó una gran ley social. El manantial de leche generosa que debia alimentar á las jóvenes generaciones, ha cedido el puesto á un brebaje emponzoñado, y hemos visto desarrollarse nuevamente con espantosa celeridad todas las ideas y los vicios todos del paganismo. Ya es tiempo, pero de sobra, de poner un término á esta extraña aberracion. Conviene absolutamente que se restablezca el orden en la educacion, para que pueda

renacer en la sociedad. Es preciso que los filósofos, los retóricos y los poetas de Atenas y Roma no sean ya ni los solos ni los principales pedagogos de la juventud; en adelante deben ser autores cristianos los que desempeñen este noble y delicado cargo.

Pero, se dirá, excluir á los autores paganos de la enseñanza clásica equivale á volver á la barbarie literaria. No, y mil veces no. Pero, aun cuando fuera así, ¿podríamos vacilar? Qué! cuando se trataba de formar atletas ó guerreros se encontraba admirable que Esparta inmolará en el altar de la patria las ciencias, las letras y las artes; ¿y titubearíamos nosotros en tomar una resolucion enérgica, dependiendo de ella el porvenir de la religion cristiana y de las sociedades humanas? Oigamos á Juan Jacobo Rousseau: «¿Olvidaria yo que en el seno de Grecia fué donde vió levantarse esta ciudad (Esparta) tan célebre por su *ARORTUNADA IGNORANCIA* como por la sabiduría de sus leyes, aquella república de semidioses más bien que de hombres, por lo superiores que parecian sus virtudes á la humanidad? ¡Oh Esparta, oprobio eterno de una vana doctrina! Mientras que los vicios llevados por las bellas artes se introducian en Atenas, mientras que un tirano reunia con tanto cuidado las obras del príncipe de los poetas, tú expulsabas de tu recinto á las artes y á los artistas, á las ciencias y á los sabios.» ¡Qué leccion! Cuán imprudentes y culpables seríamos, si no nos aprovecháramos de ella!

Un prelado ilustre de quien se creia poder decir que el celo de la casa de Dios le devoraba, tiene actualmente el valor de reprender á un periodista eminente y cristiano la vigorosa campaña que hizo en otro tiempo contra los clásicos paganos. «Hubiera hecho caer, exclama, todas nuestras casas de educacion en el más profundo desprecio, si la Iglesia os hubiese seguido.» El desprecio, ¡oh no! Habriase admirado, habriase bendecido á la Iglesia de Francia, si, veinticinco años há, hubiese roto violentamente con las fatales tradiciones del paganismo literario y filosófico. El desprecio ¡ah! habrá podido encontrar su